
ANTROPOLOGÍA DE LA PEREGRINACIÓN ¿QUIÉNES SON LOS PEREGRINOS?

XI ENCUENTRO DE SANTUARIOS DE ESPAÑA

**DR. MARCELINO AGÍS VILLAVERDE
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA**

Santiago de Compostela, 23 - 25 de septiembre de 2008



El fenómeno de las peregrinaciones está presente en todas las culturas y religiones desde los comienzos de la civilización humana. Es un fenómeno indisolublemente unido a la condición itinerante del hombre. Nuestra vida, según han defendido numerosos literatos y filósofos a través de la utilización de esta metáfora viaria, no es más que el largo camino, lleno de vericuetos y encrucijadas, que transcurre entre el nacimiento y la muerte. Existe, por tanto, un fuerte componente antropológico en el peregrinar del hombre sobre la tierra.

Casi todas las religiones desde la antigüedad conocen y practican la peregrinación con un sentido salvífico y purificador. Se trataba de un viaje cuyo objetivo era visitar un lugar consagrado por la presencia de una fuerza sagrada. El carácter sagrado del lugar y el esfuerzo realizado para llegar hasta él redimían al hombre de sus extravíos pasados y renovaban sus fuerzas para seguir adelante en el camino de la vida.

Hay que advertir, sin embargo, que peregrinar, echarse a andar, implicaba también determinados riesgos, afrontar los peligros que acechan al caminante que deja atrás la tranquilidad y comodidad de su tierra natal y de su hogar. De esta ambivalencia semántica da cuenta la propia etimología de la palabra.

1. LA ETIMOLOGÍA

La palabra “peregrino” viene del latín “peregrinus”, procedente a su vez de “per-agrare”, que significa ir por los campos (“agros”). Razón por la que fue ampliando su semántica y acabó designando a todo el que va o viene del extranjero. Un análisis etimológico nos muestra además la ambivalencia semántica de este término, del que se derivaron palabras cargadas de connotaciones tanto positivas como negativas. Algo que se puede apreciar en su primer fonema “per-“. Tal como señala Ortega y Gasset, tanto “los fonemas latinos *per* y *por* y los griegos $\pi\epsilon\rho$ y $\pi\epsilon\rho\iota$, proceden de un vocablo indo-europeo que expresa esta realidad humana: ‘viajar’ en cuanto se abstrae de su eventual finalidad (...) y se toma el viaje en cuanto *estar viajando*, ‘andando por el mundo’. Entonces el contenido de viajar es lo que durante él nos acontece; y esto es, principalmente, encontrar curiosidades y pasar peligros”¹.

Así pues, una lectura en clave filosófica del sentido etimológico de estos términos nos lleva hacia el corazón del pensamiento filosófico occidental, relacionado tanto con el hecho de viajar por tierra ignotas para ver, para tener experiencias, aunque éstas acarreasen peligros y extravíos, como con el hecho de construir un método o guía para avanzar con paso seguro en el camino del conocimiento. “El empirismo o experiencia –nos dice Ortega y Gasset– es, pues, un efectivo ‘andar y ver’ como método, un pensar con los pies, que es lo que según los modernos, hacían los escolásticos”². Leída en clave filosófica comprendemos por qué el peregrinar es una experiencia ancestral que tiene que ver tanto con antiguas concepciones religiosas, como antropológicas e incluso filosóficas. Cuando nace la filosofía griega en las costas de Jonia (s. VI a.C) se nutre del intercambio de lenguas, culturas y experiencias que arriban a aquellos puertos. Y muchos de los filósofos griegos realizarán viajes para ampliar su experiencia y conocimiento del mundo. Platón, según está atestiguado, viaja a Egipto para ampliar sus conocimientos matemáticos y lo hará después a Siracusa para tratar de implantar (sin éxito) los ideales de su República.

¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, en *Obras Completas*, vol. VIII, Alianza Ed., Madrid 1983 (1994 reed.), p. 177.

² IBID



Podemos concluir, por tanto, que “en los tiempos pasados, viajar o peregrinar fue, pues, algo más que una acción meramente utilitaria –para intercambios comerciales- o placentera, al estilo de lo que hoy es para muchos el turismo. Era un medio de adquirir experiencia, conocimiento e incluso prestigio y, en la medida que peligroso, era también una aventura, un reto atrayente para los audaces”³. Son varias las culturas que han asociado el dios de los saberes y del conocimiento con el de los caminos y los caminantes. Los griegos situaban en las encrucijadas y cruces de caminos monolitos con las caras del dios Hermes indicando cada uno de los caminos para guiar al caminante. Hermes era venerado como el dios de los saberes y el comercio, pero también de los que habían tomado el camino errado (ladrones y mentirosos). De hecho Hermes había sido perito en engaños, realizados con la maestría de quien conoce la verdad para poder hacerlo. También en esta figura mitológica vemos asociado camino, conocimiento y extravíos o peligros inherentes al caminar.

2. LA PEREGRINACIÓN RELIGIOSA

Ahora bien, aunque peregrinar, recorrer un camino, viajar, se haya hecho, como acabamos de ver, por distintas razones (conocimiento, aventura, etc.) la principal motivación de la peregrinación es desde la antigüedad religiosa.

La acepción por antonomasia de peregrinar es la de desplazarse por motivos religiosos para visitar un lugar santo (santuario). Un fenómeno que comparten todas las grandes religiones. Los judíos acudían desde antiguo a visitar el templo de Jerusalén; los musulmanes cumplen con el mandato de peregrinar a la Meca, por lo menos una vez en la vida, de acuerdo con sus posibilidades y medios. Y Santiago de Compostela, nuestra ciudad, es meta del camino de peregrinación más importante de toda la cristiandad: el Camino de Santiago.

En la tradición cristiana, la peregrinación se remonta al Antiguo Testamento. En el libro del *Éxodo* se describe la peregrinación de Abrahán y del pueblo de Israel para retornar a su tierra. Y en el Nuevo Testamento podemos leer un pasaje en el que Jesús peregrina con su familia a Jerusalén.

En la Edad Media tuvieron lugar *las cruzadas*, una especie de peregrinación armada que se realiza a partir del año 1095 cuando los musulmanes se interponen en el camino que recorrían los cristianos para visitar Tierra Santa y los Santos Lugares de Jerusalén. Un itinerario que existe desde el siglo IV, atestiguado por la fundación de monasterios latinos en Belén que realizan a partir del año 385 San Jerónimo y Santa Paula, y que se mantiene en nuestros días.

En la Edad Media se fundan dos grandes centros de peregrinación de la humanidad, en el contexto de dos civilizaciones y dos religiones: Santiago de Compostela y La Meca. “Ambos –escribe Rafael Ramón Guerrero- permanecen aún como lugar de cita de multitud de peregrinos venidos de lejanas tierras buscando lo oculto, arcano y misterioso de esos lugares, realizando un viaje sagrado: toda peregrinación es entendida como un recorrido de expiación de pecado y culpa, por lo que se enmarca

³ BARRIO BARRIO, J.: “Pasado, presente y futuro de la peregrinación a Santiago de Compostela”, en Revista Compostela, nº 36-37, 2005, p. 10.



dentro de una estructura estrictamente religiosa”⁴. A diferencia de La Meca, Ciudad Santa del Islam, sólo accesible a los musulmanes⁵, Santiago de Compostela acuden personas de todos los credos aunque sea un santuario de la religión cristiana, en el que la tradición nos dice que se conservan los restos del Apóstol Santiago. Hasta tal punto llegó a ser su influencia en el medioevo, que a comienzos del siglo XIV Dante escribe que sólo era peregrino el que iba o venía a Santiago: “La palabra ‘peregrino’ la podemos entender de dos maneras, una amplia y otra estricta; de la amplia, en cuanto es peregrino todo aquel que está fuera de su patria; de la estricta no se entiende por peregrino sino quien va hacia la casa de Santiago o vuelve”⁶.

La fundamentación doctrinal e incluso filosófica de la vida como camino, que subyace a la cosmovisión cristiana medieval se la debemos, entre otros, a San Agustín. Nuestro paso por el mundo no es un fin sino un tránsito fugaz y efímero antes de llegar a nuestro verdadero destino: la ciudad celestial (*De civitate Dei*). De acuerdo con esta concepción, el hombre es un *homo viator*, un ser cuya condición de caminante o peregrino hacia un destino superior es la que mejor lo define. Una concepción que es solidaria y armónica con la visión lineal del tiempo y de la historia del judeo-cristianismo. En efecto, “tanto para los judíos como para los cristianos, el tiempo es un dato fundamental que se instituye y concreta como *tiempo de espera*. A partir de la intervención de Dios, por cuyo poder *cosmos y tiempo* acontecen simultáneamente, el anhelo ansioso del cumplimiento de la *promesa* se instaura en el corazón humano. Y comienza así la historia, con un tiempo dirigido, movido, justificado y lleno de contenido por *una meta buena*”⁷.

3. LA PEREGRINACIÓN, METÁFORA FILOSÓFICA

La filosofía, tan afín a la vida del hombre, usó abundantemente esta misma metáfora en un intento de apresar el sentido de la existencia humana y de su propia existencia. Heideggerianos senderos del bosque o caminos cara al lenguaje; metódicos intentos cartesianos para conducir bien nuestra razón; vías seguras para demostrar la existencia de Dios; meditaciones e itinerarios interiores; claros del bosque donde el caminante reposa antes de proseguir su marcha; paseatas, en fin, alrededor de la muerte. ¿Qué podría significar este uso machacón de una metáfora tan incombustible como la del camino y lo caminar? ¿No será acaso la demostración más palpable de que el pensamiento y el ser comparten una misma condición itinerante? Al fin y al cabo, la vida del hombre no es más que el largo camino hacia sí mismo.

Llegamos al mundo atrapados sin remedio por una invalidez biológica que nos convierte en los más necesitados y desvalidos seres de cuantos se afanan por sobrevivir. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino llorar, gemir implorando nuestro

⁴ RAMÓN GUERRERO, R.: “Camino de conocimiento, caminos de salvación en el Islam”, en AGÍS VILLAVARDE, M. Y RÍOS VICENTE, J. (eds.): *Filosofía del Camino y el Camino de la Filosofía*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 2003, pp. 145-146.

⁵ “La Meca –nos informa Ramón Guerrero- no sólo es un lugar geográfico, situado en la península arábiga, al que se peregrina, sino que es sobre todo el lugar que oculta la Verdad, porque en ella se encuentra la piedra negra de la Ka’ba, la ‘casa de Dios’. Peregrinar a la Meca es caminar hacia la Verdad, porque, al cumplir la obligación de acudir físicamente al lugar sagrado, el musulmán expresa la aspiración que le impulsa a acercarse a Dios”, Op. Cit, p. 146.

⁶ DANTE ALIGHIERI: *Vida nueva*, cap. 40. Obras Completas, BAC, Madrid 1980, p. 563.

⁷ RÍOS VICENTE, J.: “*Homo viator*. La condición itinerante del hombre”, en *Filosofía del Camino el Camino de la Filosofía*, p. 206.



derecho de seguir viviendo? Por fortuna, la naturaleza, regida por leyes implacables, que contrariamos con obstinada tozudez para demostrar nuestro dominio sobre ella, nos agasaja con el instinto protector de unos padres que nos resguardan a lo largo de un período que la sociabilidad amplía más allá de lo que nuestra biología merece.

Al nacer somos apenas la fundada esperanza de que todas nuestras potencialidades se desarrollen un día. Somos un complejo y apasionado proyecto. O, lo que es el mismo, somos muy poca cosa. Desnudos, desdentados e inmaduros y sin los dos elementos esenciales a nuestra condición itinerante: la posición erecta que nos permite desplazarnos con plena autonomía y el lenguaje, imprescindible para llegar desde el mundo hasta nosotros mismos. Pues si al caminar con bípeda destreza estamos en disposición de aventurarnos en la *res extensa* de la geografía terrestre, al dominar los rudimentos de un lenguaje hecho de palabras adquirimos por añadidura un pensamiento elaborado que nos permitirá remontar el umbral instintivo que escasamente rebasan los demás animales.

Así comienza la vida, “amargo camino en espiral que conduce a la muerte”, en palabras de Camilo José Cela o, si lo prefieren, “carrera hacia la muerte, en la cual a nadie se le permite detenerse un tantito o caminar con cierta lentitud”⁸, en palabras de San Agustín. Aunque, en este caso, la muerte es tan sólo el final de camino pero no su meta. La meta de cualquier camino, también del de la vida, es el caminar mismo. Puede que nos dejemos engañar por la falsa impresión de que alcanzamos metas que habíamos previsto lograr. Mas ¿qué hace un caminante tras arribar al destino soñado? Iniciar un nuevo camino, una nueva andanza y aventura con nuevas metas y renovados itinerarios. Todos somos el Sísifo que una y otra vez debe recomenzar la escalada, aunque para nuestra dicha la seña de identidad de nuestro camino no es la repetición sino la diferencia. La venturosa extrañeza de quien se cruza con nosotros y sigue su camino. El otro.

A lo lejos vislumbramos la senda por donde se pierde la huella del otro que un día se cruzó con nosotros. Sentados al borde del camino hemos curado juntos nuestras heridas y hemos compartido las peripecias de nuestro caminar. En las arrugas de su frente y en el polvo de sus sandalias he visto mi propia vida, las cicatrices de una condición errante que nos iguala y nos permite descubrir cuán distintos somos. Sólo espero ser fiel a mí mismo para que cuando vuelva verlo me reconozca. Él pensó lo mismo al despedirse de mí, haciendo caso omiso del poeta: “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Mil avatares harán que solamente permanezca idéntico nuestro nombre y el instante pasado que podremos recordar u olvidar juntos. Esa será a nuestra mutua identidad: el ramillete mustio de experiencias compartidas.

Así pues, el camino no es sólo una condición pasajera, un estar ocasional, sino el modo de ser característico del hombre. Un tránsito del yo al nosotros para llegar a uno mismo a través del lenguaje. Un lenguaje que me revela el rostro del otro de muy diversos modos. Lo reconozco un semejante a través de su corporalidad, de su presencia física, de su mostrarse ante mis ojos, es cierto, pero se convierte en mi prójimo a través del diálogo. Un diálogo abierto, cara a cara, circunstancial y fugaz, o ese otro diálogo hecho de preguntas y respuestas silenciosas, inherentes al proceso de lectura. Si existe una puerta de acceso al pensamiento y al ser, ésta ha de estar hecha de palabras. Mas traspasar esta puerta no garantiza el encuentro con el otro y menos aún con la integridad de su pensamiento. No sólo porque con el lenguaje ocultamos el lugar recóndito donde habita nuestro ser, ni siquiera porque a través del

⁸ SAN AGUSTÍN: *La ciudad de Dios*; XIII, 10. BAC, Madrid 1962, p. 18.



lenguaje puedo fingir lo que no soy, mentir a sabiendas de que construyo una muralla que circunda mi ser, sino porque el lenguaje es un tosco rudimento que no alcanza a expresar el incesante vaivén de mi pensamiento. Y todo eso, según dice Ortega y Gasset, porque “siendo al hombre imposible entenderse con sus semejantes, estando condenado a radical soledad, se extenua en esfuerzos para llegar al prójimo. De estos esfuerzos es el lenguaje quien consigue a veces declarar con mayor aproximación algunas de las cosas que nos pasan dentro... Cuando el hombre se pone a hablar lo hace *porque* cree que va a poder decir cuanto piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto”⁹.

Considerado desde la pura inmanencia, somos viajeros en camino hacia ninguna parte. Cómodamente instalados, vemos pasar el mundo a través de la ventana. Disponemos de la posibilidad de detener la marcha y apropiarnos de tal cosa o tal otra, pero al hacerlo no sólo retardaremos nuestro viaje sino que las cosas del mundo serán un pesado lastre que ralentizará nuestra marcha. Cosas que, bien pensado, no llenan nuestra ansia sempiterna de felicidad. Antes, al contrario, el viaje ideal se realiza sin equipaje aunque esta verdad suela ser un descubrimiento tardío, fruto de una avaricia sin medida. Tampoco del otro puedo apropiarme, obligarlo a compartir mi camino, a cargar con fardos que no le pertenecen, ni siquiera bajo el pretexto de que ese otro sea la persona amada. El amor puede llegar a ser más opresivo incluso que el odio.

Lo más sencillo es cerrar los ojos, simulando que dormimos, mientras pasa la vida. Eludir cualquier principio de responsabilidad con el otro que soy yo mismo cuando lo necesito. Resguardarse a cubierto en el sonoro artificio de la crítica: destruir, mutilar, censurar, negar, ignorar. Y así demostrar que vivimos peligrosamente, aunque nuestras manos estén vacías. Por fortuna, tal refugio permanece lejos de nuestra conciencia. Ella es nuestra más fiel compañera de viaje, la más vituperada pero a la que siempre volvemos cuando buscamos encontrarnos con nosotros mismos. Ensobercidos por el bullicio cotidiano, cegados por luces parpadeantes, un día decidimos abandonar el valle en donde la multitud se agolpa, en donde la vanagloria se ha convertido en el más codiciado trofeo en la caza del hombre por el hombre, y tomamos la senda que conduce a la cima de la montaña que está dentro de nosotros mismos. Es la llamada de la fe para descubrir en nuestro interior algo que nos desborda y nos trasciende.

4. LA FE EN EL CAMINO

Una llamada que ha escuchado el peregrino, pues el verdadero peregrino es un hombre de fe o, si se quiere, movido por la fe. Ha descubierto el sentido trascendente de su existencia y se dirige a un lugar consagrado en el que vivir con mayor intensidad su nostalgia de lo sagrado, cuyas huellas descubre tanto en el interior de sí mismo como en la obra prodigiosa de la creación. Los filósofos medievales, tan sensibles al valor de los símbolos, hablaron de la naturaleza como un gran libro en donde descubrir las huellas del Creador. La fuerza de esta metáfora y su valor heurístico se ha desvanecido con el paso de los siglos pero no así la realidad que evoca. El mundo es para el creyente un lugar en donde puede descubrir las huellas del Creador. Pero dentro del mundo hemos destacado determinados espacios sagrados porque en ellos se manifiesta o ha manifestado lo sagrado. Es un hecho atestiguado desde antiguo, común a la religiosidad arcaica y que pervive en las

⁹ ORTEGA Y GASSET, J.: *La rebelión de las masas*, O.C., IV, Alianza Ed., Madrid, 1983, p. 114.



grandes religiones monoteístas¹⁰. Es la fuerza sagrada de determinados santuarios, la que nos mueve a visitarlos, a compartir, siquiera brevemente la sacralidad del lugar, aunque para ello debemos prepararnos espiritualmente, renunciando a una parte de esa vida profana, ordinaria, que necesariamente hay que dejar atrás.

Visto desde este punto de vista, ampliamente estudiado por la fenomenología de la religión, la meta de la peregrinación es el **encuentro** con lo sagrado, que en el caso de la religión cristiana es el encuentro con Dios. Si bien, antes de alcanzar dicha meta tendremos que soportar las inclemencias del camino, realizar determinados sacrificios, también privaciones inherentes a la vida austera del que viaja, tras abandonar la comodidad del hogar. El gozo del encuentro con Dios justifica todos los sacrificios realizados durante el camino. En razón de ello, los peregrinos que llegaban a Santiago de Compostela por el Camino francés bautizaron al monte desde el que se contemplan por primera vez las torres de la catedral como el Monte del Gozo, porque anticipaban el gozoso encuentro con la tumba del Apóstol, pórtico de la Gloria.

Todas estas privaciones, renunciadas y sacrificios que se refieren al cuerpo preparan, en realidad, nuestra disposición interior, espiritual, para dicho encuentro. El peregrino encarna, a modo de metáfora, los valores del hombre religioso. Su caminar es una conversión, un acercamiento a los valores religiosos de su fe. Por ello los peregrinos comparten un mismo lenguaje, el de la fe, aunque procedan de países muy diversos y sus lenguas sean tan diferentes que no se entiendan entre ellos. El espíritu de fraternidad que se vive mientras se peregrina, la oración y la reflexión sosegada que se produce en la vida interior del peregrino, promueve la comunión espiritual y fraterna a la que todo creyente aspira. De este modo, antes de llegar a la meta del camino, en donde el peregrino realiza una profesión de fe, el peregrino ya manifiesta su ferviente deseo de encontrarse con Dios, a través de la mediación santa que hallará en el centro de peregrinación al que encamina sus pasos.

5. EL CAMINO COMO ENCUENTRO

Lo verdaderamente admirable es que aunque el peregrino busque un encuentro con Dios, en su camino se produce un triple encuentro: en primer lugar, consigo mismo, un viaje interior que no es fácil ni está exento de dificultades; en segundo lugar, se encuentra también con el otro, con el hermano que peregrina a su lado o con aquel se cruza en su camino y con el que comparte un mismo espíritu; y, finalmente, se encuentra con Dios, razón última por la que merece la pena todos los sacrificios del camino. El mundo y todo lo que en él creemos poseer tiene un carácter inmanente, efímero, sólo este encuentro con Dios nos muestra el verdadero sentido trascendente de la vida humana. Se trata de un sentido cada vez más difícil de reconocer en nuestra vida diaria, cotidiana. Los medios de comunicación de masas, los ideales de la sociedad de consumo, lo políticamente correcto y muchas de las nuevas tendencias sociales no permiten descubrir este carácter trascendente de la vida a la que aspira, en definitiva, el peregrino. Más bien, la sociedad actual promueve lo contrario, lo inmanente, vivir el momento, gozar de los placeres de la vida sin esperar a otra recompensa futura, vivir, en fin, con las coordenadas mundanas. El peregrino aspira, en cambio, a dar otro sentido a su vida porque sabe que su hogar definitivo y su salvación no están en manos del hombre sino de Dios.

¹⁰ Sobre este aspecto Cf. AGÍS VILLAVARDE, M.: *Mircea Eliade: una filosofía de lo sagrado*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela, 1991.



A principios de septiembre de 2008, tuvimos la oportunidad de escuchar en Santiago de Compostela las reflexiones de los teólogos y especialistas que participaron en las Jornadas de Teología, organizadas por el Instituto teológico compostelano, sobre la Biblia, en donde el cristiano descubre la revelación de la palabra de Dios. La Biblia es, en efecto, la mejor guía para el peregrino, la única fuente que puede saciar la sed espiritual de quien camina con actitud humilde para descubrir el sentido trascendente de su existencia y la comunión fraterna con el prójimo que, como él, eleva de forma esperanzada sus ojos y sus plegarias hacia lo alto. El peregrino renueva y confirma su fe, sometida a los embates de una sociedad laicista que se ha olvidado de Dios, y por añadidura en su camino descubrirá, sin duda, que no está sólo. La pequeña comunidad a la que pertenece y con la que comparte las celebraciones litúrgicas se amplía extraordinariamente y el peregrino descubre que hay muchas otras personas que comparten sus mismos ideales, que hay otra manera de vivir y otro sentido más elevado que vale la pena descubrir y transmitir a los demás.

En realidad, es la propia Iglesia la que es peregrina, la misma que tuvo que superar en sus inicios las persecuciones y que debe afrontar hoy los desafíos de un mundo que muchas veces le da la espalda. A ella le toca recordar que no todo es lo mismo ni da lo mismo, que el relativismo no es una nueva modalidad moral sino una manifestación de la atonadora frase que Ortega y Gasset escribió en *La rebelión de las masas* (1930) anunciando que Europa se había quedado sin moral. No se trataba de sustituir una moral religiosa por otra laica. Lo verdaderamente grave es que la secularización de la filosofía occidental no propició el surgimiento de una moral laica o moral de la tierra, en palabras de Nietzsche, sino una especie de apaño en el que todo comenzó a dar lo mismo.

La Iglesia es peregrina y acompaña al peregrino porque vive un tiempo de espera, al igual que el creyente. Un tiempo que adquiere un sentido pleno cuando se orienta hacia la vida futura. El hombre puede, desde luego, aferrarse a las cosas de este mundo, a los honores y bienes materiales, pero a la postre se encontrará vacío porque nuestro ser no está hecho para la inmanencia sino para la trascendencia. La verdadera libertad y felicidad es la que intenta cumplir la esencia de nuestro ser. Es esta búsqueda incesante de la autenticidad de nuestra esencia la que invita al peregrino, como imagen del hombre religioso, a caminar en pos de lo sagrado. Por eso los bienes temporales no pueden hacernos felices.

¿Quién es, pues, el peregrino? Un hombre de fe que se da cuenta de que el camino que recorre más que un itinerario físico en el espacio, una distancia entre dos puntos cuantificable en kilómetros, es además, y sobre todo, “el camino de la Verdad que da sentido a todos los caminos, abre el horizonte de la Vida y desvela la respuesta auténtica a la pregunta sobre el origen, el sentido y el destino del hombre”¹¹.

El peregrino es, en fin, aquel que descubre que el camino más arduo no se encuentra en ningún lugar de la geografía física sino en ese itinerario íntimo que conduce a la verdad. Una opción decidida, comprometida y valiente, ajena por completo a cualquier tipo de huida de la realidad. Al contrario, el peregrino aspira, de una forma esperanzada, a alcanzar la verdadera realidad, el verdadero sentido del mundo y de sí mismo. Por ello, la meta de su caminar sobre la tierra no termina en un determinado punto aunque aparentemente se dirija hacia él. Su destino y también su condición

¹¹ BARRIO BARRIO, J.: *Peregrinar en espíritu y verdad. Escritos jacobeos*, Instituto Teológico Compostelano, 2004, pp. 66-67.



está marcada por el camino, por el incesante peregrinar hacia una meta que, no obstante, no resta valor al camino.

Todos los que han peregrinado alguna vez a algún lugar saben que hay un antes y un después de esta experiencia que nos transforma espiritualmente. La energía o incluso entusiasmo de los primeros días debe complementarse con la fe y la preparación espiritual que todo peregrino debe realizar previamente, antes de emprender la marcha, y a la que vuelve en el camino, con cada paso que da. Porque habrá días duros, de cansancio físico, de condiciones adversas que nos pueden conducir al desfallecimiento y al abandono. Es en esos días cuando nuestra fe y la fortaleza de nuestro espíritu deben ayudarnos a superar todas las dificultades.

Después está el otro camino que comienza cuando termina la peregrinación. Es el camino de la vida en el que todos somos peregrinos. Sea cual sea el camino de cada cual, quisiera terminar expresando un deseo con la frase que han universalizado los peregrinos a Compostela y que es para nosotros santo y seña de la hermandad y fraternidad del peregrino: ¡Buen camino!